DIARIO DEL CARIBE, Barranquilla, 9 noviembre 1980, pág. 5ª

Efectivamente, Reagan no es la guerra.

Por Lácides Martínez Avila

En torno a la elección del republicano Ronald Reagan como presidente de los Estados Unidos, se ha levantado una exagerada ola de comentarios, casi todos ellos tendientes a presentar a aquél como un ser truculento y tremebundo, del que sólo se puede esperar lo peor. Se dice, por ejemplo, que ahora más que nunca se ha hecho inminente el tan temido peligro de una Tercera Guerra Mundial. Semejan quienes así opinan, urracas ominosas que, repitiendo mecánicamente lo que oyen o lean, se placen en augurar desgracias y calamidades al mundo. En diametral desacuerdo estamos con esas personas, y nuestras razones expondremos a continuación.

Empleando el método deductivo, partamos de un principio que se nos ofrece universal, y es el de que las grandes catástrofes tienen generalmente como factor básico un desequilibrio de fuerzas. Esto equivale a decir que para que se dé un estado de armonía es indispensable un equilibrio de fuerzas entre los dos aspectos principales de la contradicción que existe en todas las cosas. Un ejemplo de ésto lo constituye el Universo, en el que si los astros no chocan (o no han chocado) unos contra otros, se debe al equilibrio de fuerzas que media entre ellos.

Apliquemos lo anterior a lo que tiene que ver con la paz en nuestro planeta y tendremos así lo siguiente: En las últimas décadas se había venido dando en el globo terráqueo un equilibrio de fuerzas entre las dos principales potencias, la Unión Soviética y los Estados Unidos. Pero ocurre que, durante los años más recientes y debido fundamentalmente a un mal manejo de la paz'', como bien lo dijera el esclarecido columnista de este diario Carlos Daniel Abello Roca, por parte del gobierno estadounidense, el país ruso le ha sacado ventaja al norteamericano en materia de armas, hasta el punto de que, hoy por hoy, a la Unión Soviética no le da ninguna clase de temor invadir la nación que se le antoje, porque ve que ya no hay quien sea capaz de hacerle contrapeso si medírsele con las armas intenta.

Es en estas condiciones —y no en las que suponen las ya mencionadas urracas ominosas— en que, según nuestra opinión, se patentiza o acentúa la inminencia de una conflagración mundial, porque cuando un país se erige como la única gran potencia del mundo, tiende, no sabemos debido a qué, a querer dominar al resto de los países. Si no, recuérdese la Alemania de Hitler.

Ronald Reagan, consciente de esta situación, se fijó como objetivo, si ganaba las elecciones presidenciales de su país (¡y las ganó!), restablecer el equilibrio perdido entre Norteamérica y Rusia en lo que a capacidad bélica se refiere. ¿Será ésto un sueño, una utopía? Lo ignoramos; pero lo cierto es que tal propósito nos parece sensato y encaminado no a provocar la guerra, sino a garantizar la paz, porque reiteramos, la armonía (o, lo que es lo mismo, la paz) del mundo exige un equilibrio de fuerzas entre sus más grandes potencias. De ahí que consideramos que Reagan no sólo no busca la guerra, sino que busca la paz.